JUAN MIGUEL BAQUERO

La isla del arroz

La aventura colonizadora de la marisma de Doñana

Historia de Isla Mayor

Ilustrada por
Ángeles de la Torre

JUAN MIGUEL BAQUERO

La isla del arroz

La aventura colonizadora de la marisma de Doñana
Historia de Isla Mayor

Ilustrada por
Ángeles de la Torre

Edita: Ayuntamiento de Isla Mayor

© De los textos: Juan Miguel Baquero
© De las ilustraciones: Ángeles de la Torre
© Del prólogo: Matías Rodríguez
© De la presentación: Juan Molero
© De la fotografía de J. M. Baquero: Patricia J. Garcinuño
© De la fotografía de Á. de la Torre: Pablo Coca

Diseño y edición gráfica: Extra! Comunicación

Primera edición: Sevilla, abril de 2019

Depósito legal: SE 712-2018

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribuición, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede llevarse a cabo con la autorización
de sus titulares salvo en las excepciones que marca la ley.

A todos los que sienten cada surco
labrado en la marisma.

Prólogo

La historia no pasó de largo en la Isla Mayor del Guadalquivir, una tierra agreste y misteriosa que en sus inicios remotos cambió de mar a marisma. Conoció todas las alteraciones naturales para asomar un mundo nuevo, estrechado por las aguas impetuosas y amansadas del Guadalquivir. Permaneció oculta, abandonada en el olvido de los tiempos, como un vacío crónico y arriesgado con horizontes inabarcables.

Al oleaje marino, que traía y llevaba voces legendarias de navegantes griegos y fenicios, el pasado deslumbrante en plata y oro de Tartessos, siguieron noticias fragmentadas de romanos, árabes y castellanos, dominadores de "un desierto pantanoso" rodeado por tres brazos de río con amplios y caprichosos meandros, donde emergieron extensos barrizales y una exuberante vegetación marismeña.

Hoy esos paisajes procedentes de un ecosistema marino y de una marisma primaria, que no podemos reconocer, parecen resurgir desde lo más remoto, como si la historia fuese un cuento mitológico del "País de agua", creado ingeniosamente por Juan Miguel Baquero, gracias al profundo apego por su tierra y a la viveza expresiva y emotiva de su prosa, en plenitud de movimiento.

Sin duda, con esta obra, nos ofrece un bello "regalo de la Naturaleza", ilustrado en todo su esplendor por Ángeles de la Torre, como "un espejo de aquel tiempo", con sus perfiles y colores imaginables.

Un paraíso de aves que amparó la soledad de los primeros asentamientos ganaderos. La marisma se fue poblando en las vetas de humildes chozas o hatos de pastores y gañanes, acogiendo rebaños de toda la comarca. Muy pronto la celebridad de sus praderas y el hechizo de sus recursos naturales recorrerán los caminos reales procedentes de su entorno, seduciendo a personajes influyentes que buscaron atesorar poder y riqueza.

Para Juan Miguel Baquero es a través del Guadalquivir por donde ha entrado y salido la historia de la Isla Mayor. El río viajero es "la gran autopista" para ver circular, entre "riacheros y pescaores", las llamas del terror vikingo o el afortunado tropiezo con el nuevo mundo.

Su mirada nueva, sin insistir en lo convencional, nos relaciona por ejemplo el misterio de la Atlántida o el exotismo de la expedición comercial japonesa con realidades que estrenamos. Empiezan a deslumbrar en nuestra mente las imágenes de Ángeles de la Torre para aferrarnos a lo que

debieron “visionar” nuestros antepasados o al sentimiento más cercano que les embargara.

El marqués de Casa Riera, un banquero en la corte del rey Fernando VII, despojó en 1829 al Ayuntamiento de Sevilla de su propiedad sobre la Isla Mayor con la promesa incumplida de transformarla para la agricultura. Casi un siglo más tarde la compañía extranjera Islas del Guadalquivir, llamada popularmente de “los ingleses”, se encargaría de alterar esta inmensa llanura con suelos salinos y arcillosos, sujetos a inundaciones periódicas, en campos de algodón y cereal. Pero Juan Miguel Baquero conoce muy bien lo sucedido, lo ha vivido desde la escuela, sabe que a estos “trotamundos” y “oportunistas” no les preocupó la tierra, su gente, sólo vinieron a hacer dinero.

La compañía, con un sorprendente despliegue tecnológico, desecó lagunas, corrigió cauces torrenciales, sustituyó la flora y la fauna originarias y modificó sus recursos hídricos naturales. En varios años se propuso endulzar este erial pantanoso y salvaje con grandes obras de ingeniería y colonizarlo mediante jornaleros andaluces -“esclavos”-, extremeños y de otras regiones, esperanzados en alcanzar la propiedad de la tierra o de mejorar sus humildes condiciones de vida. “Es un ejército de trabajadores -escribe

nuestro autor- que cincela a mano la nueva realidad". Pero el fracaso anunciado de este experimento inglés, el abandono de los cultivos durante la República y el inicio de la guerra acorraló a una población desesperada que se debatía entre los rigores del hambre -"un aguante casi heroico"- y la cruel represión militar de 1936, como así nos lo hace sentir Juan Miguel en "El dictador manchado de barro".

Durante el conflicto bélico y en la dictadura reapareció el cultivo de arroz, iniciado con excelentes rendimientos por los últimos administradores de la compañía. Las necesidades de abastecimiento bélico y el nacimiento de un renovado impulso colonizador, dirigido por Rafael Beca Mateos en la posguerra, atrajeron nuevas oleadas de braceros necesitados en torno a las faenas masificadoras del arrozal. Pero lo realmente novedoso fue la llegada de pobladores valencianos, en calidad de expertos y dominadores del cultivo, quienes alcanzaron con esfuerzo la propiedad de la tierra y enraizaron en sucesivas generaciones.

Estos sacrificados pioneros isleños de las Marismas del Guadalquivir sobrevivieron a unas duras condiciones de vida -entre la explotación y la clandestinidad- sostenidos por suelos cíclicos de agua y barro, plantas amotinadas, peligros encubiertos y cercanías inalcanzables, en otro

tiempo reino del paludismo y de numerosas enfermedades que evitaron durante siglos un poblamiento estable. Consolidaron en 90 años de historia un profundo sentimiento de pueblo por su gesta compartida y la solidaridad ante adversidades comunes como la sequía o la segregación.

La historia no pasó de largo en la Isla Mayor del Guadalquivir porque tiene a su cronista y su poeta en la persona de Juan Miguel Baquero, periodista intrépido y audaz, reconocido en nuestro país por su obra *Que fuera mi tierra*, galardonada con el prestigioso premio nacional 'Chaves Nogales' (2016), donde compartimos su apasionada defensa por la recuperación de la memoria y la dignidad humana de las víctimas del franquismo. Para él y para Ángeles, buena conocedora del mundo isleño y de su proyección educativa y cultural desde su etapa como profesora del IES Lago Ligur, mi más profundo agradecimiento por hacerme partícipe de esta intensa y emotiva "aventura colonizadora", pero aún más por ofrecer al pueblo de Isla Mayor -las nuevas generaciones- "un paraíso de película".

Matías Rodríguez Cárdenas
Maestro

Presentación

Como alcalde es un orgullo presentar esta obra: *La isla del arroz. La aventura colonizadora de la marisma de Doñana*. Muchos sabemos que la historia de Isla Mayor y Alfonso XIII es corta en el tiempo, pero muy intensa.

Desde el Ayuntamiento trabajamos para consolidar la base social de nuestros pueblos. Y la cultura es siempre un pilar fundamental en este camino. De ahí la idea que atesora esta novela gráfica: sembrar una semilla para que la memoria de todos los que lucharon por estas tierras quede como un legado vivo para las siguientes generaciones.

Que en cada casa haya un ejemplar. Que jóvenes y mayores beban páginas que trazan los recuerdos más significados.

Por si fuera poco, quien escribe este libro es un paisano: el periodista Juan Miguel Baquero. Y esto es un motivo doble de alegría. El presente trabajo queda además enmarcado con las exclusivas ilustraciones de Ángeles de la Torre.

Porque somos pueblo.
Y tenemos todo el futuro por delante.

Juan Molero
Alcalde de Isla Mayor

Introducción

Hincar los pies en el barro. Corretear por los pasillos del colegio cargando un puñado de libros bajo el brazo. Las excitantes aventuras en bicicleta. O cazar una rana. Jugar al fútbol en el patio, en la Liga más importante del mundo. Pescar cangrejos. Toda mi familia a este lado y aquel de la carretera. Meter un gol. Y, con suerte, un baño de verano en el canal.

Sonreír. Vivir.

Porque mi infancia son recuerdos de una marisma de Sevilla, parafraseando al eterno poeta Antonio Machado. De un horizonte infinito donde germina el arrozal.

Contar la historia de mi tierra es un gran honor. Y publicar esta novela gráfica es una satisfacción difícil de explicar. Porque siempre seré alfonseño e isleño, y nuestros pueblos son estaciones para las que he comprado billete eterno.

Porque nunca sería la misma persona sin la memoria que guardo de mi paraíso.

Juan Miguel Baquero
Periodista

1. El país del agua

Érase una vez el país del agua. Una tierra que en su retirada teje la magia eterna de la marisma. Un atrevimiento acuático sumergido durante siglos bajo la conquista del mar. Una odisea natural que nace encarnada en un nombre: lago Ligur.

En este mundo mágico y atávico donde la tierra queda fusionada con el mar, un puñado de valientes mujeres y hombres han labrado una vida de película. Fraguada en el barro, bajo el sol, la enorme aventura colonizadora cuenta con los ingredientes de la épica que suma cien años de lucha.

Es la historia corta, e intensa, de Isla Mayor y Alfonso XIII. El pueblo que ha transformado el inhóspito delta del río Guadalquivir en un vergel. Y esa suerte de salvaje *finis terrae* andaluz, en un paraíso único en el sur de Europa.

2. Pasos prehistóricos

Cuentan que los primeros humanos recorren hace miles de años el paisaje lacustre. Cuando todo era un mar interior y aquellos iniciales pasos prehistóricos dejan huellas en la línea costera que bordea las últimas estribaciones del actual Aljarafe.

La idea de las poblaciones primitivas al acudir a esta playa es hervir y evaporar agua marina para obtener bloques de sal. La antigua bahía ofrece también abundantes víveres como pescados y mariscos. Un regalo de la naturaleza que ya era disfrutado hace más de 5.000 años.

El yacimiento de La Marismilla demuestra estos usos. Allí ha aparecido una gran concentración de trozos de vasijas, cazuelas y soportes de adobe que eran usados para poner recipientes sobre el fuego. E incluso algunos instrumentos de sílex tallado, como puntas de flecha. Camino a Sevilla, justo donde viene a desembocar la Cañada de la Barca, está el espejo que refleja un capítulo anclado en el Neolítico.

3. Mitos y leyendas

¿Y si la Atlántida está a las mismas puertas de la Isla? El primero que habló de la antigua leyenda fue el filósofo griego Platón. En sus escritos apunta pistas sobre su ubicación cerca de la colonia fenicia Gades. O que la 'isla de Atlas' fue destruida por una gran catástrofe.

En pleno siglo XXI, un equipo de investigadores de la Nacional Geographic Society de Estados Unidos sitúa los restos de la enorme ciudadela circular junto al Parque Nacional de Doñana. El mito que fascina desde hace muchos siglos, dicen los investigadores, fue arrasado por un tsunami.

Porque la mítica ciudad perdida aparece más allá de las Columnas de Hércules. Coincidiendo, al cabo, con el germen de Tartessos en el triángulo formado por las provincias de Huelva, Cádiz y Sevilla. Un misterio sin resolver que parece tocado por la brisa de la marisma.

4. De vikingos a ‘japones’

Por el estuario del Guadalquivir pasa la historia. La cultura tartésica, por ejemplo, nace en estas tierras sureñas y tiende la mano a los ricos recursos que aporta el golfo. Con la íntima apuesta acuática, la ensenada litoral colmatada por depósitos marinos y fluviales de aluvión, como carta de futuro.

Es el lago Ligur, bautizado por el Imperio Romano como Lacus Ligustinus. Todo bañado por el gran río que los árabes llaman Wad al-Kabir y los romanos conocen por Betis. Siempre la misma lámina de agua que sirve luego de autopista para la carrera de Indias que une España con el Nuevo Mundo 'descubierto', o mejor conquistado, por Cristóbal Colón en 1492.

Y para el terror vikingo. Dicen las crónicas que en el año 844 arriba a las costas de al-Ándalus una flota de 80 barcos de los temibles Nordumâni que acaban arrasando la ciudad de Sevilla. O la última gran aventura en forma de expedición que parte de Japón y surca el río en 1614 para dejar un legado de cientos de apellidos con acento nipón: los 'japones'.

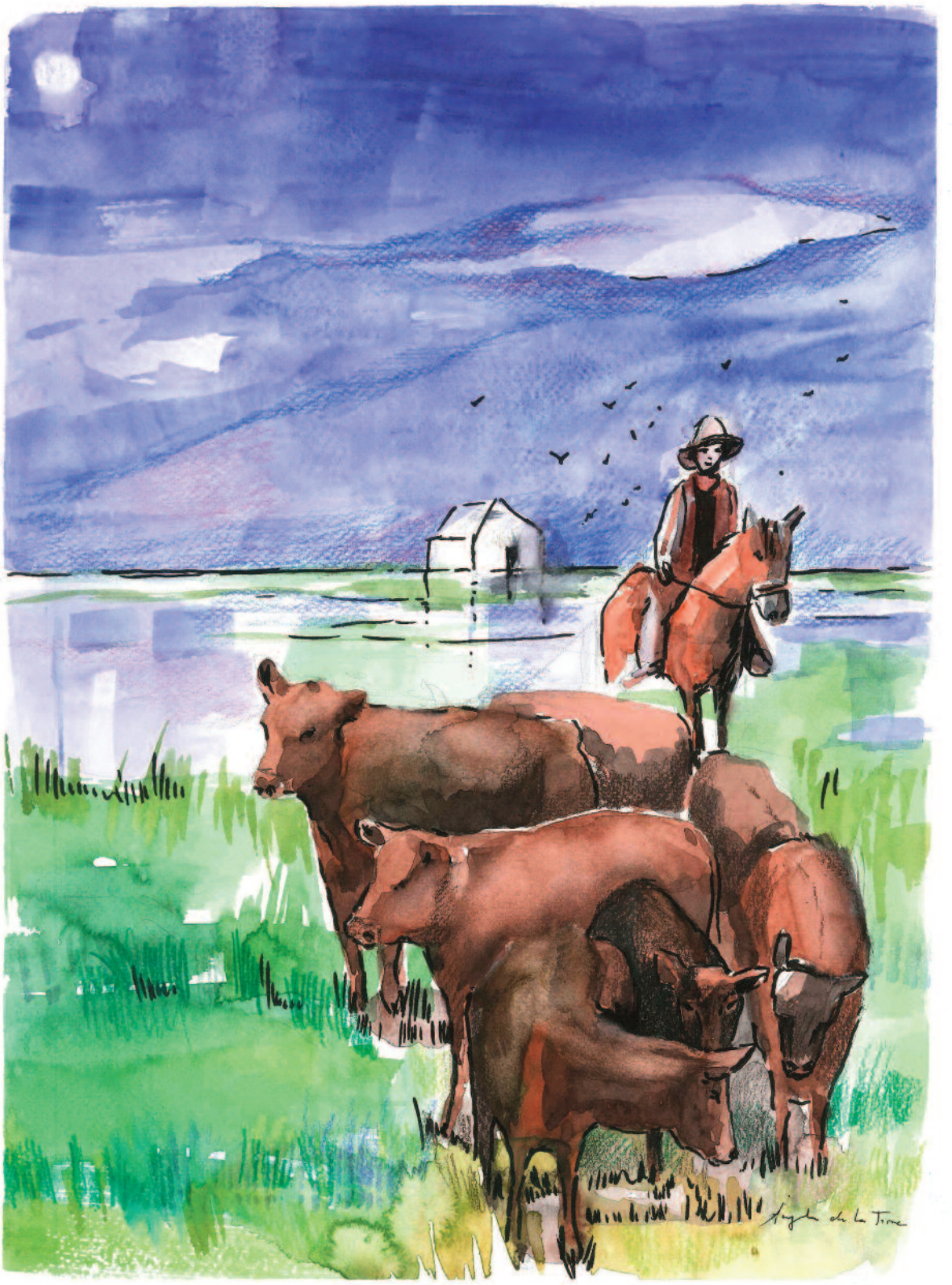
de la Torre

5. Tierra de ganado

La Isla Mayor del Guadalquivir pasa por varias manos a lo largo de la historia. Alfonso X entrega la marisma al Ayuntamiento de Sevilla a mediados del siglo XIII. E incluso los Reyes Católicos van a arrendar la inculta planicie para recaudar dinero que ayude en la conquista del Reino de Granada.

Ya en el siglo XIX, Fernando VII traspasa la salvaje estepa al Marqués de Casa Riera. El noble aterriza con promesas que inventan una futura explotación agrícola exitosa... pero nunca cumple su juramento.

Las estériles tierras sigue siendo tierras de ganado. Durante décadas. Las llanuras salobres acogen a lo sumo la soledad ganadera, a primerizos pobladores que venden su trasiego asentados en las vetas. Son los vaqueros, que a caballo y entre matojos salvajes custodian piaras de vacas. Pero los pastos isleños, a menudo, sólo sustentan con escasez a reses huesudas y medio desmayadas.



6. Las cortas del río

El cauce vivo del gran río de Andalucía cobija el paisaje entre sinuosos meandros y caprichosas curvaturas. La añeja cartografía, sin embargo, sufre a lo largo de los años diversas obras de ingeniería que han cambiado la fisonomía del estuario. Al menos en lo que a su serpenteante trazado se refiere.

Estas intervenciones humanas dirigidas a facilitar la navegación de los buques se denominan cortas. La primera es la de la Merlina, realizada en 1795. Luego le siguen la corta Fernandina, de Tablada, la Isleta, los Olivillos, Punta del Verde y de la Cartuja.

O la de los Jerónimos. La modificación ejecutada en 1878 genera una porción de tierra que queda entre el viejo y el nuevo curso del río. Esta nueva zona, antes pegada al margen izquierdo, recibe el nombre de Isla Mínima.

Puebla del Río
CORIA DEL RÍO
Cañada del Arrayán
Colina
Cañada de la barca
Casas Reales
AZNALCÁZAR
VILLAMANRIQUE
San Isidro
Olivillos
Niñas de Carrera
Rincón de los lirios
Alfonso XIII
Puntal
Barrejo
Maquique
Isla Mínima
CORTA
ISLA MENOR
Isidros
Queipo
Llano
Lisa
Torviño del gato
San Carlos
TÉRMINO DE UTRERA
Vuelta de la arena
Veta de la Matonera
Veta de la Palma
Reina Victoria
Veta de los Gutierrez
Matoedal
Torviño de la Higuera
Caño de la Sal
Veta Sola
Veta de los Calderos
Vuelta del Rodeo
TÉRMINO DE LEBRIJA
Lucio Real
carabineros
SANLUCAR DE BARRAMEDA

7. El experimento inglés

Que la marisma no sea sólo ganadera es un plan mil veces pensado. Un proyecto nunca puesto en marcha... hasta que emerge el experimento inglés: la Compañía Islas del Guadalquivir se hace, en los años 20 del siglo pasado, con la Isla Mayor.

"Convertiremos estas tierras pantanosas en fructíferos campos de cereales, algodón y plantas diversas", anuncian los flamantes propietarios. "Construiremos una infraestructura que haga olvidar el pasado", dicen. Acaban sembrando otros cultivos, caso del aceite de ricino. O el arroz, aunque curiosamente sólo de modo testimonial.

Los expedicionarios fijan su centro de operaciones en los pinares de Aznalcázar. Un lugar que titulan Colina DORA -de la expresión latina 'Dulce Obrare Regi Augusto'-. Espacios como Reina Victoria o Príncipe de Gales guardan la atrevida memoria de unos británicos cuya intentona fracasa por una razón sencilla: el verdadero propósito de la empresa, que no es otro que especular en la bolsa de Londres.

Ajuel de la Torre

8. Trenes y camellos

La experiencia de los ingleses no va a transformar el cenagal en oasis pero acaba sembrando, casi sin pretenderlo, la semilla del mayor arrozal del país. Los trotamundos, un tanto oportunistas, despliegan por la llanura isleña un amplio arsenal de pesadas máquinas e innovadores aparatos mecánicos.

Aparecen enormes artilugios calzados con ruedas oruga, niveladoras, utensilios, novedosas fórmulas agrarias... Y una vía de tren que conecta Colinas con El Puntal. De ahí, a la altura del molino, el ferrocarril se abre a una pista en sentido doble hacia el Toruño y camino a Veta la Palma y Reina Victoria.

Hasta camellos llegan a la Isla en ese primerizo afán colonizador que actúa como germen de las futuras riquezas naturales. Nada será posible, en todo caso, sin contar con un verdadero ejército de trabajadores que cincela a mano, a pico y pala, la nueva realidad. El resultado agridulce de la tentativa demostrará al final que con esfuerzo, dedicación y herramientas, el éxito agrícola es posible.

Agustín de la Torre

9. Las casas bomba

Con la desecación y saneamiento de las marismas y los terrenos pantanosos se van creando unas condiciones óptimas para el cultivo. El aventurado escenario vive del entusiasmo de las gente venidas de cualquier rincón. Y de las máquinas y las bestias.

Pero hace falta algo más. La naturaleza anega de forma periódica las tierras y el ser humano necesita controlar el agua para hacerla explotar en vida. Los braceros trabajan como esclavos, construyendo un sinfín de kilómetros de canales para que el líquido fluya con el aporte de un invento trascendental: las casas bomba.

La expansión de los regadíos mediante estaciones de bombeo surge en puntos estratégicos. El Mármol, la Ermita, Isla Mínima o la que en mitad del pueblo desagua en el canal de Casa Riera. Las Comunidades de Regantes hacen de gestores de infraestructuras clave. Como recuerdo, la casa bomba de los ingleses sigue filtrando la llegada de las aguas desde finales de los años 20 del siglo pasado.

10. Los poblaos

Durante una expedición de caza, dos personajes observan la calidad de las tierras. Se trata de Lord Mildnor, presidente de la compañía inglesa, y su lugarteniente, Remigio Eric Fischer. Comparan el antiguo lago Ligur con el provechoso delta del Nilo, como cuentan en la propaganda que fabrican para poner en valor la marisma.

Ahí cambia la historia. La intentona británica supone un giro de timón sin precedentes y en la vasta llanura salobre emergen modestas chozas fabricadas de barro y yerbajos.

Porque los poblados son un requisito inexcusable. El infinito horizonte comienza a trufarse de pequeños hitos. Con el poético topónimo de El Rincón de los Lirios nace uno de estas aventuras poblacionales, y otros 'poblaos' como Alfonso XIII y El Puntal. O el de Queipo, ahora denominado Los Cinco de la Riuela al suprimir La Puebla del Río el nombre del militar golpista y criminal de guerra en aplicación de la Ley de Memoria Histórica.

Ágel de la Torre

11. Vida en el desierto pantanoso

La dureza vital del extraño desierto pantanoso se hace muy patente en los hatos. Tales sitios no son más que una choza clavada en una extensión de terreno pequeña, familiar, con una cuadra que habita con suerte un caballo o quizás alguna otra bestia.

Las construcciones intentan combatir a duras penas las extremas condiciones de vida en la marisma. Un obstáculo sumado a la dureza climatológica sureña. Pero lo hacen con relativo éxito, porque no es nada fácil habitar la planicie salobre.

A las cabañas llega a regañadientes un trozo de pan, alguna legumbre y un poco de aceite. Si difícil es combatir el hambre, casi peor son las enfermedades. Un panorama que junto al exigente trabajo explica el aguante casi heroico de familias que apuestan su destino a la cimentación de estos asentamientos.

de la Torre

12. Ruta de riacheros y pescaores

Los riacheros practican la pesca en el 'río Grande' desde antaño. El cauce fluvial aporta generosas capturas de especies como albures, carpas, panarras, barbos... Los pescadores, apostados en sus pequeñas embarcaciones, proceden de pueblos andaluces del Bajo Guadalquivir como Trebujena y Lebrija.

El delta también acoge a esturiones. El majestuoso pez, capaz de alcanzar 3,5 metros de longitud y 350 kilos de peso, existe desde hace 250 millones de años. Los enormes ejemplares, conocidos popularmente como sollos, son muy valorados por sus huevas.

A su cobijo nace una fábrica, Villa Pepita, en Coria del Río. La cercana factoría comercia un exquisito caviar. Pero desaparece con la extinción del esturión. El tradicional oficio continúa y los 'pescaores' apuran recursos como el camarón. O la angula, una especie protegida por la Unión Europea ya que la institución continental prohíbe las capturas por la casi terminal pérdida de ejemplares en estado salvaje.

Ángel de la Torre

13. Canoas de pateros

La cacería es un perfil imponente que se recorta en el paisaje isleño. La abundancia de pájaros ha sido siempre un garante del sustento. Entre caños y esteros, los cazadores aprovechan el paso por miles de las aves en el trasiego de sus rutas migratorias.

Antaño, hasta las liebres campaban a sus anchas por la tierra atestada de hierba. Hoy corretean jabalíes por zonas más o menos cercanas a los pueblos. La naturaleza siempre toma las riendas. Y la marisma es una tierra de particular abundancia.

Para medrar por los canales, los pateros usan canoas pequeñas tiradas por caballos que trazan surcos en las aguas pantanosas. Las barquitas martilleadas en la vecina carpintería de ribera usan desperdigados muelles isleños. Una imagen casi en blanco y negro, atada a la costumbre.

Agbe de la Torre

14. Un rey en la marisma

Las calles son de tierra. De pantano seco. Y el rey Alfonso XIII se adentra en un paraje inhóspito que nace a la idea de hacer fértil la vieja marisma. El monarca dará nombre al primer gran núcleo urbano. El séquito real rinde visita el día 3 de mayo de 1928, en plena dictadura de Miguel Primo de Rivera.

Aquel puñado de casas dibujadas en la nada cumple ahora nueve décadas de existencia. La restauración del acta fundacional es el símbolo de la efeméride. Arranca así el certificado real: "En la Isla Mayor, reunidos al sitio Veta de la Senda de aquel predio donde se funda el poblado denominado Alfonso XIII que formará parte del plan general de explotación agrícola de las Islas del Guadalquivir".

El rey "dignóse colocar la primera piedra de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen". El documento es una de las primeras páginas de la reciente e intensa historia isleña. Como atestiguan fotografías de la época en un pueblo que, por cierto, en la República cambió su nombre por Villa del Guadiamar.

15. La choza de Venancio

Pocos lugares en el mundo deben tener un origen tan marcado, y humilde, como el pueblo isleño: la choza de Venancio. Una casa junto a un puente. Construida entre 1922 y 1923 cerca del cortijo de Rojas, a la izquierda según aparece el viajero desde el poblado Alfonso.

Cuando la marisma virgen era del marqués de Casa Riera y sirve, todavía, como tierra para ganado. El habitáculo temporal antecede y marca el camino al resto de edificaciones de El Puntal.

"Con la choza no teníamos espacio", dice Venancia García, bisnieta de Venancio, porque eran "muchos hermanos". El testimonio está en *La Isla Mayor del Guadalquivir a través de sus personajes*, un libro de Matías Rodríguez Cárdenas. La vivienda construida de pitaco "era de pared de ladrillo, con dos habitaciones. Muy grande", recuerda. "Tenía una chimenea y era moderna. Muy buena. La entrada estaba por la parte del río".

Ayala de la torre

16. La sombra del terror

En plena guerra civil de España -de 1936 a 1939- emerge entre las sombras la figura del general Queipo de Llano. El máximo responsable del terror con el que las tropas franquistas asolan Andalucía, dejando decenas de miles de asesinados a su paso.

En estos lares, el militar rebelde impulsa el arrozal al hilo de las necesidades alimenticias que demanda el conflicto bélico. Encarga la empresa, asesorado por una trupe de visionarios, a un industrial sevillano que acaba aceptando el mandato: Rafael Beca.

El genocida acaba dando nombre a un 'poblao' de la marisma, alejado del núcleo central y donde quedan multiplicadas las penurias de una época de escasez. Queipo también compra parcelas en el arrozal con dinero que le 'regala' el pueblo de Sevilla tras "salvar" a la ciudad del "dominio rojo". Pero la realidad es muy diferente: las donaciones son forzosas y el relato salvador sólo un invento de la España fascista.

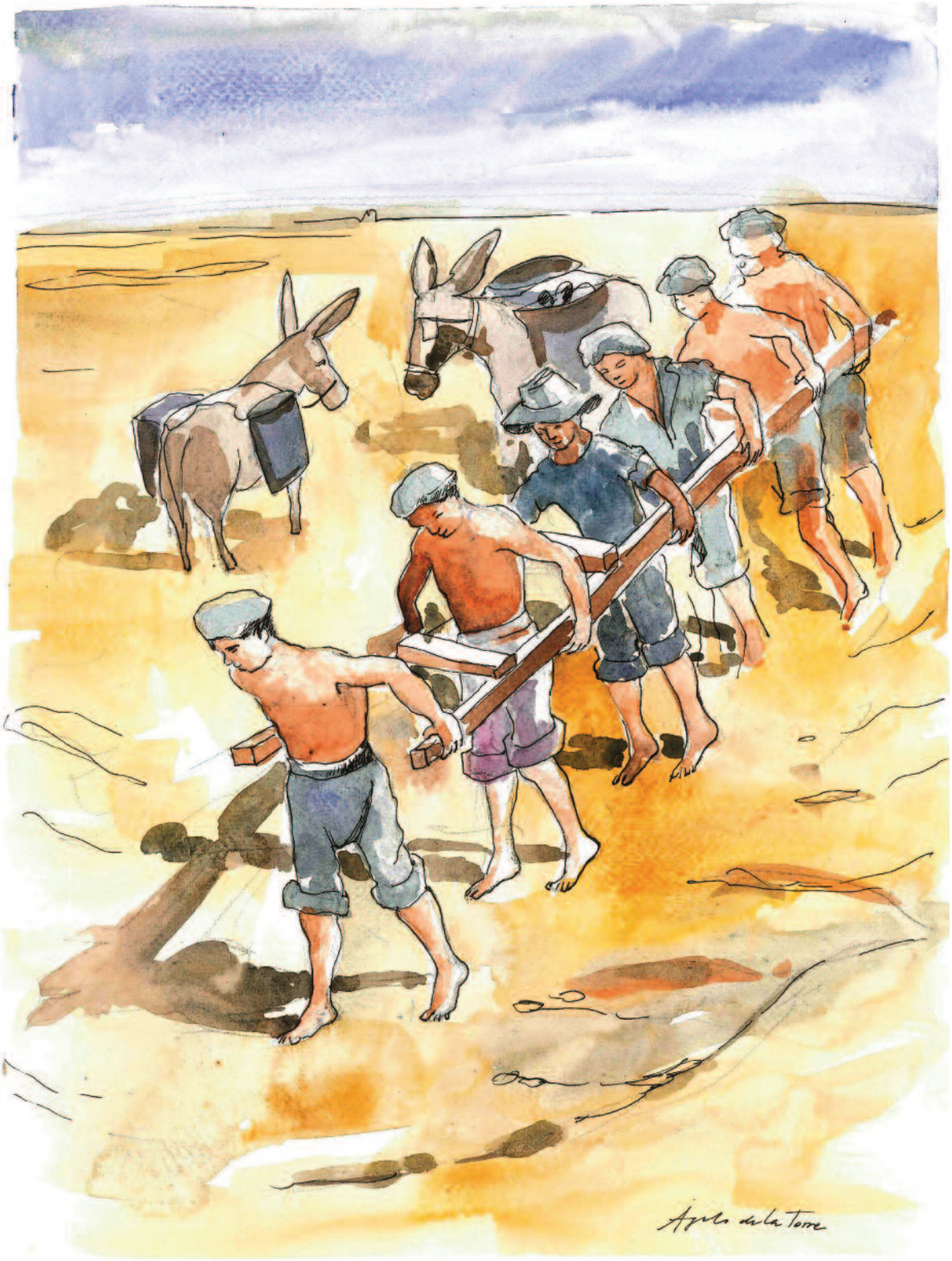
Agustín de la Torre.

17. Colonización faraónica

Los primeros colonos de la dictadura franquista surgen en la inmensa llanura isleña. Antes de que el régimen ponga en marcha el Instituto Nacional de Colonización, en octubre del año 39, la Isla ya está acogiendo a emigrantes llegados de tierras dispares. Muchos serán refugiados republicanos que escapan como pueden de la represión fascista a un rincón donde casi nadie pregunta nada.

Porque ganar la marisma salvaje a la naturaleza no va a ser un ejercicio sencillo. Y para conseguir este objetivo el ser humano emprende una canalización a pico y pala que recuerda a las obras faraónicas y donde toda mano de obra es necesaria.

Las crónicas de la memoria, y los testimonios orales, recuerdan el duro examen. Aquel atrevimiento. Cuando miles de personas arañan un sueño en el territorio construido a lo largo de los siglos en el delta del río Guadalquivir.


Agustín de la Torre

18. Emigrantes marismeños

En la lejana tierra aterrizan miles de entusiastas trabajadores llegados de cualquier punta del país. Dispuestos a sufrir, a labrar una vida nueva en condiciones de extrema dureza. Son los emigrantes marismeños, héroes cotidianos que levantan un nuevo pueblo donde antaño reina el horizonte.

Gran parte del flujo migratorio procede del levante valenciano. Sueca, Benifayó, Almusafes, Catarroja, Cullera, Silla... Como muestra perviven apellidos con origen en esas coordenadas geográficas. Y acentos que salpican las casas de un matiz desigual.

A las expediciones se suman también muchos 'rojos' que huyen del yugo del franquismo. En el emergente sueño agrario es posible ocultar la identidad. Y cada pasado. O 'los canarios', emigrados originarios de las lejanas islas del océano Atlántico que sufren un calvario que acaba con muchos por el cóctel trágico de hambrunas, paludismo y trabajo de sol a sol.

Agustín de la Torre

19. Mujer isleña

Explotar el potencial como granero. El paradigma del incesante pulso humano al fértil delta de la marisma sevillana es un éxito imposible sin una clave, el pilar de todo el épico relato: la mujer isleña.

La mutación del páramo cenagoso, convertido en rico paisaje, tiene base incontestable en el trabajo a pie de tajo. En la fuerza bruta que moldea la tierra inhóspita. Cierto. Pero las mujeres son el soporte esencial de hogares levantados desde simples chozas repartidas en mitad del campo. Y siempre bregaron con los pies enterrados en el fango.

La mujer, como principio y final de todo, dentro y fuera de las casas. De una naciente población que se afana en el postrero y enrevesado discurso final del río con aperos de labranza hoy impensables, como trineos, y faenando en interminables jornadas con el agua por encima de las rodillas. La mujer, ejemplo de lucha. Y como empuje definitivo del proceso de independencia de Isla Mayor.

Gilles de la Tour

20. El dictador manchado de barro

El general Francisco Franco es uno de los grandes gestores del golpe de Estado de 1936 contra el Gobierno de la República. De ahí, y tras la cruenta guerra fratricida que deja el país sembrado de terror y fosas comunes, el autodesignado 'caudillo' gobierna España sumando 40 años de dictadura.

Franco aparece por las islas del Guadalquivir en 1953. En visitas rápidas, el golpista pasea por la calle Real de Alfonso XIII y divisa desde El Puntal la que ya es una faraónica construcción del arrozal.

Las fotos del momento enseñan un mandatario que camina orgulloso entre su inquietante escolta. Pero el dictador también se mancha de barro en la tierra lacustre transformada a mano. El gentío, hambriento y harto de penurias, no festeja la inspección a gusto del sangunario dictador. Franco, cuentan, abandona la Isla ofuscado y perplejo con el tibio recibimiento de sus pobladores.

21. Esclavos

Algunas infraestructuras de la Isla las construyen esclavos del franquismo. Presos políticos que el régimen dictatorial usa como mano de obra forzada y gratuita en numerosas obras por todo el país. En suelo isleño levantan las conocidas como 'casas de los presos' y algunas de las calles del pueblo.

Cuando Franco llega en el año 53, casi todo está ya edificado. Cuentan que algún condenado se queda a vivir en la marisma, donde enraíza su vida. No solía ocurrir así. Los franquistas usan durante décadas a casi un millón de esclavos en España.

Un buen puñado de ellos muere. Como ocurre en la construcción del Valle de los Caídos, el mausoleo donde entierran al tirano. Todos los pueblos deben recuperar su memoria y el que no conoce su historia, dice el refrán, está condenado a repetirla.

Agustín de la Torre

22. Refugiados en el Villo

Escondidos en una pequeña porción de tierra que sobresale del río. Así pasaron la guerra civil ocho personas naturales de Coria y Puebla. Quedan para la historia como los refugiados de la isla del Villo.

Huyen de una muerte segura con el único 'delito' a sus espaldas señalado por sus ideales de izquierdas. Las fuerzas golpistas son implacables. Y ellos lo saben. Están más de tres años ocultos en la maleza. Pasando hambre, sed y un extraño miedo metálico. Aferrados al silencio.

Hay quien les ayuda a sobrevivir, acercando algo de comida al islote, algún periódico de vez en cuando... Y, si no tienen nada, acuden al otro lado del río en expediciones nocturnas para robar borregas con las que alimentarse. Uno de ellos es Ruperto Barrera, que recuerda "una vida muy difícil" en el Villo. Otro que busca refugio es Manuel Morejón, que fallece en esa isla. "Lo liamos en una manta y lo enterramos allí mismo", contaron sus compañeros.

Agl de la Tour

23. La nevada del 54

El 3 de febrero de 1954 amanece frío. Las gentes del campo abrigan sus cuerpos como permite la carestía de la posguerra. Poca cosa. Y el tiempo, con ese capricho que acude acaso una vez por siglo, viene a preparar una descomunal sorpresa: la nieve.

Fotos ajadas recrean grupos de niñas y niños sobre el blanco manto que cubre la marisma. Imágenes de lugareños disfrutando el insólito fenómeno en una estampa que queda grabada en la memoria isleña.

Un momento atípico y nunca más visto en una zona marismeña donde manda el clima Mediterráneo. El 54 será conocido por esto como 'el año de la nevada'. ¿Volverán alguna vez a caer los fríos copos sobre las calles de Alfonso e Isla Mayor?

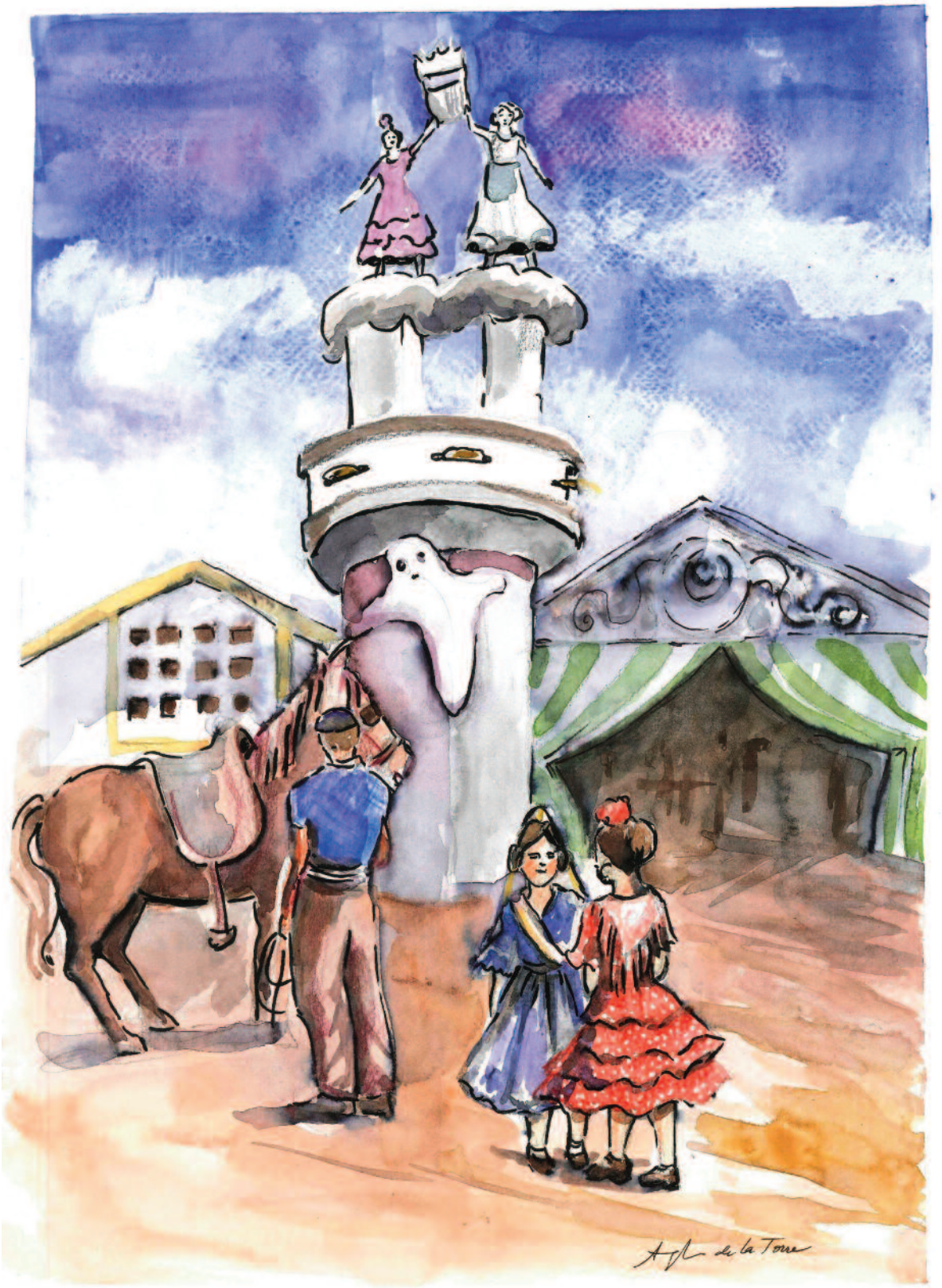
Agla de la Torre

24. Fallas en Andalucía

La unión de Valencia con Andalucía en la Isla tiene un ejemplo inigualable en el episodio que ocurre en 1967. Ese año el pueblo decide celebrar las fiestas de la entonces Villafranco del Guadalquivir con unas tradicionales fallas.

La noche de la *cremà* está presidida por un enorme monumento fallero que representa a dos mujeres vestidas con los trajes típicos valenciano y sevillano. Las divertidas y efímeras figuras reposan sobre una enorme pandereta que emerge sobre la Giralda y la Torre del Oro.

La hoguera resultante aquel día es una muestra de la unión de dos lugares distantes en el mapa pero tan unidos por el cordón umbilical del cultivo arrocero. Otra falla celebró en el año 2017 -recuperando la tradición- el medio siglo de aquel momento que quedó marcado como un lúdico recuerdo.


A. de la Torre

25. La viajera

El recorrido que conduce al rincón de olor marino ofrece un sinuoso trayecto que bordea el Aljarafe en sus últimas elevaciones. Antes, sin embargo, ¿cómo llegan los viajeros a la Isla? Los más a pie o en carro, alguno en coche... y con un vehículo que deja huella desde mitad de siglo: la viajera a El Puntal.

El autobús de los corianos hermanos Carvajal era marca Pegaso y matrícula 1.035. El cacharro sufre todo tipo de contratiempos mientras traquetea por la carretera. Porque transitar los caminos isleños nunca es tarea sencilla.

Cada expedición puede acabar en una aventura. Unas veces agradable, anecdótica. Otras no tanto. Pero la viajera acaba llevando y trayendo a miles de paisanos. Y convirtiéndose, quizás, en el transporte colectivo más recordado de la marisma.

Ar de la Torre

26. La Papelera

Paja de arroz y cascarilla para hacer papel. La idea de aprovechar los deshechos del cereal fructifica en la creación de una fábrica que preside varias décadas el centro de una población abrazada por el Brazo de los Jerónimos.

El edificio queda popularmente bautizado como 'la Papelera'. Durante años da trabajo y cierto desahogo al pueblo. La alta contaminación que genera, en todo caso, desaconseja seguir con el proceso productivo. Hoy queda en pie la estructura del céntrico complejo industrial reutilizado con éxito como Edificio de Usos Múltiples Fernando Pallarés.

La Isla arrocera suma otras grandes construcciones que vienen a vestir el páramo. Caso de los almacenes y secaderos, depósitos de agua, gañanías, viviendas... o la mejora paulatina de infraestructuras educativas y deportivas. Y un reclamo vigente: las carreteras y canalizaciones de abastecimiento y saneamiento.

Ayl de la tome

27. Independencia

Independencia ¡Ya! Dos palabras serán el lema que conquista el carácter de un lugar ganado a pulso al salvaje e inhóspito *finis terrae* andaluz. En pintadas por las paredes, en pancartas, en pegatinas. Por todos lados. Isla Mayor y Alfonso exigen la segregación del municipio matriz, La Puebla del Río.

El proceso va a ser largo y costoso. Lleno de baches e impedimentos, complejos retrocesos y avances que siembran esperanza. De marchas por el bloqueo al Ayuntamiento y manifestaciones en Sevilla contra el boicot institucional a un movimiento que crece sin posibilidad de vuelta atrás: la independencia.

Porque las isleñas e isleños nunca dan la espalda a su ilusión. Quieren ser un pueblo autónomo. Queda conseguido después de recogidas de firmas, muchas injusticias superadas y expedientes administrativos solventados. "¿De La Puebla? No, gracias. De la Isla", reza un cartel premonitorio del histórico triunfo.

¿DE LA PUEBLA?
¡NO, GRACIAS!
DE LA ISLA
Angel de la Torre

28. Batalla campal junto a la Giralda

Una de las estampas míticas de la Independencia es el encierro popular que isleños y alfonseños protagonizan en plena Catedral de Sevilla. Cientos de vecinos llegan en autobuses y coches particulares. Un reguero de almas que dormitan durante semanas en el palacio eclesiástico. El desafío de Villafranco llega así a la capital de Andalucía.

El objetivo es dar visibilidad a la lucha de la Isla. La ocupación acumula semanas y el Arzobispado señala los daños que puede sufrir el templo catedralicio. La gente de la marisma colapsan la céntrica avenida de la Constitución realizando cortes de tráfico.

La situación es cada vez más tensa. Hasta que estalla. "Doce heridos, siete de ellos policías, en una batalla campal entre antidisturbios y vecinos de Villafranco", señalan los titulares de prensa. Los enfrentamientos suceden un aciago 24 de octubre de 1990. El pueblo denuncia "malos tratos" policiales, en una atmósfera de pánico y desconcierto. Los sucesos serán un punto de inflexión en las eternizadas negociaciones.

Ap de la Torre

29. Adiós, Villafranco

Villafranco ya es un pueblo junto a Alfonso. Y la separación oficial de La Puebla queda ejecutada en 1994. Aunque una vez lograda la independencia queda otro paso: revisar el nombre impuesto por la dictadura en la mitad del siglo XX y que suplanta al originario El Puntal cuando Franco visita la próspera llanura arrocera.

¿Qué topónimo elegir? El Ayuntamiento busca la vía democrática: un referéndum. La iniciativa, acogida como una fiesta, suma una participación ciudadana masiva para decidir el nuevo nombre del principal núcleo poblacional de la marisma del Guadalquivir.

Encima de la mesa hay varias propuestas. Una que propone volver al original topónimo puntaleño. Otra seguir con el apellido de Franco. El nombre elegido, en 1998, es el de la ínsula que acoge el paraíso y la vida creada sobre el añejo lago Ligur: la Isla Mayor del río Guadalquivir.

Agh de la Torre

30. Los años de la sequía

Es el gran fantasma: la sequía. El temor que puede llegar a ser más paralizante para un pueblo que vive por y para el agua. La rémora que ha sembrado de miseria más de una vez las casas isleñas.

Como ocurre, de manera principal, en la década de los años 80. La recordada problemática aprieta de forma sistemática y casi terminal por aquellas fechas. La conquista del paisaje lacustre para el cultivo del arroz está a punto de irse al traste.

No hay una visión más negativa que la marisma seca y cuarteada, convertida en un páramo inculto, en un puñado de inútiles terrones. La Isla, sin embargo, va a superar más de una vez esta temida coyuntura. El horizonte vuelve a verdear y el pueblo florece, como siempre, con pundonor, garra y persistencia.

A. de la Torre

31. La ínsula de los maestros

Si domesticar la tierra salvaje es un objetivo vital, la apuesta por la formación de las gentes isleñas es una meta necesaria. Porque educar es transmitir algo básico: la semilla de los conocimientos. Y es la fórmula para desarrollar la capacidad intelectual, moral y afectiva de las personas.

Las oportunidades son pocas durante décadas en este sentido. Hasta que florecen a cuentagotas las escuelas en los poblaos convirtiendo así el paraje antes inculto en la ínsula de los maestros. Nace de esta forma la compleja tarea de acariciar el tejido educativo entre terruños salobres.

Por los gastados pupitres de madera pasaron varias generaciones. Vidas que hacen crecer en intensidad humana los pueblos. Un desarrollo que hubiera sido del todo impensable sin los educadores que riegan las aulas de saberes. La Isla, siempre agradecida a sus maestras y profesores.

Ajl de la Torre

32. El tesoro incomunicado

Transitar las diferentes Islas del Guadalquivir tuvo históricamente tremendas dificultades. Un detalle crucial es la propia orografía del terreno, el particular relieve de una tierra que guarda severas distancias con el resto del mundo.

Por esta lejanía, las comunicaciones terrestres son un primer obstáculo. Carreteras sinuosas que bordean la cadencia montañosa del Aljarafe y no pocas veces quedan ocultas bajo el manto de copiosas lluvias. El deficitario estado de conservación o el trazado de los caminos provocan un aislamiento recurrente de las poblaciones.

Habilitar en condiciones óptimas otras conexiones también sufre cierto confinamiento. Desde el añejo telégrafo que llegó el siglo pasado, o el teléfono más tarde, pasando hoy por las conexiones de Internet y a través de dispositivos móviles. Por todo esto, en ocasiones, la marisma es el tesoro incomunicado.

33. Oryza

La deseada isla del arroz. Toda lucha con la madre naturaleza llegó a buen puerto, para sacar el muy deseado provecho del espacio pantanoso. La razón de ser de un pueblo vinculado con la semilla de la planta científicamente denominada *Oryza sativa*.

El arroz es un regalo de la tierra. Se trata de uno de los cereales más consumidos en el mundo. Con su constribución efectiva y crucial en la dieta humana, en cualquier rincón del planeta, es el sustento básico en múltiples culturas culinarias.

El resultado de la aventura colonizadora genera en las marismas andaluzas la producción arrocera más importante del país y la segunda de Europa. Por la cantidad, pero también por la calidad del grano que viene a crearse en el privilegiado arrozal trazado en el entorno del Parque Nacional de Doñana. Más de 30.000 hectáreas para vivir el arroz, sustento y vida de Isla Mayor.

34. El invasor rojo

Un crustáceo nativo del Golfo de México llega en 1974 al ecosistema ibérico de la mano de Rafael Grau. Es el invasor rojo que conquista la marisma, el *Procambarus clarkii*. La enorme capacidad de adaptación del cangrejo rojo americano lo ha llevado luego a ocupar grandes áreas del sur del continente europeo.

Los cangrejos han convertido a Isla Mayor, de paso, en una de las mayores bolsas de pesca de este bicho armado de llamativas pinzas y una coraza rojiza. Que han venido además a completar la rica gastronomía arrocera del estuario del Guadalquivir.

Y que son ya, por derecho propio y junto al arroz, la base económica del pueblo. Las capturas superan los tres millones de kilos anuales y el volumen total de negocio los 20 millones de euros en varias factorías y viveros que ofrecen miles de peonadas. Un pilar tambaleado tras la denuncia -de todas las especies invasoras de la península ibérica- de organizaciones ecologistas y que el pueblo ha superado.

35. El guardián alado

Es quizás el más incómodo de los vecinos. El que siempre se presenta sin previo aviso en todas las fiestas. Aquel que deja su sello de identidad en forma de molestas picaduras. Es el mosquito, el perpetuo guardián alado de la marisma.

Es un habitante más. El inquilino generado como aliño indisoluble de cualquier terreno empantanado. Los laberínticos canales isleños y las planteras crean cada año una ingente población de millones de estos pequeños y vivaces insectos. Un precio a pagar por habitar tamaño paraíso.

Quedó atrás la transmisión de enfermedades como el paludismo o malaria. Este padecimiento producía un efecto debilitante y acabó con la vida de muchos aventureros. A otros les invitó a marchar lejos en busca de su sueño. El mosquito, ante todo, seguirá siendo el custodio alado de las tierras lacustres.

36. La isla de los pájaros

El delta del Guadalquivir es un edén para las aves. Estas tierras viven cada año la considerada mayor concentración de especies del sur de Europa que ganan el arrozal como uno de los puntos fuertes de sus largas rutas migratorias. Una parada esencial en sus trayectos vitales.

Y tanto se hizo la Isla paraíso ornitológico que hasta muchos de sus edificios han mutado en coloridas y vistosas estampas callejeras. El proyecto llamado 'Isla de Pájaros' -creado por la Junta de Andalucía junto a la Diputación de Sevilla y el Ayuntamiento de Isla Mayor- llega en el año 2010 para pintar las calles de vivos colores y estética *pop art*.

Diferentes construcciones sirven así como reclamos y variopintos lienzos donde van a habitar, dibujados, estos volátiles animales. Unos murales que son un homenaje a las aves y crean un medio onírico a las mismas puertas de Doñana.

37. Despensa de Doñana

El desarrollo de Isla Mayor no sólo ha generado el sustento económico de miles de personas sino que sirve de apoyo determinante al Parque Nacional de Doñana. Al calor del arrozal, y con el aporte único del cangrejo, miles de hectáreas quedan convertidas en la auténtica despensa de la reserva.

La lámina de agua suministra alimento para propios y extraños. Una auténtica alacena a disposición, sobre todo, de centenares de especies de aves que van a sobrevolar libres el inmenso cielo de la marisma y el espacio protegido.

Esta simbiosis natural explota allí donde sigue siendo casi virgen y terreno silvestre. Es el caso de Veta la Palma, con una piscifactoría convertida en una suerte de hospital y comedero asomado al balcón de espíritu doñanesco en el que chapotean concurridas bandadas de aves en busca de camarones, lubinas, corvinas, doradas, albures y otras muchas especies.

Antoyls de la Torre

38. Un paraíso de película

“Un horizonte que no es sino la repetición obstinada del sentido lineal del horizonte”. La frase del escritor gaditano José Manuel Caballero Bonald sobre la marisma doñanesca cae como un guante para el vergel isleño. Un paraíso natural que retrata la exitosa y premiada película *La Isla Mínima*.

Porque la obra tiene una clave: el paisaje. La armonía fractal que dibujan las imágenes de Héctor Garrido. Y la dureza salvaje de la tierra que desvela Atín Aya en sus crudas y enigmáticas series de fotografías.

Aplaudida por crítica y público, la cinta acumula una decena de Premios Goya o el triunfo en el Festival Internacional de Cine de San Sebastián. Dirigida por el sevillano Alberto Rodríguez, *La Isla Mínima* está protagonizada por actores como Javier Gutiérrez, Raúl Arévalo, Nerea Barros y Antonio de la Torre. Todo el equipo quedó encantado con Isla Mayor.

Un pueblo al que la película ha puesto, para siempre, en el mapa de las estrellas.

Ángeles de la Torre Bravo

Huelva, 1967

Profesora de Educación Secundaria Obligatoria.
Imparte clases en el IES Alixar de Castilleja de la Cuesta.
Doctorada con la tesis *El pensamiento artístico, ciencia y religión en al-Ándalus*. Creadora de obras plásticas para "expresar ideas y sentimientos individuales y colectivos". Organiza exposiciones y entre las más recientes está la muestra *Invisibilizadas*, en el Antiquarium de Sevilla.
En el año 2006 gana el premio de escultura convocado para la realización de un Monumento a las Víctimas de la dictadura de Franco en Coria del Río.

Juan Miguel Baquero Zurita

Sevilla, 1973

Periodista y escritor.
Especializado en Derechos Humanos y Memoria Histórica.
Ahora en eldiario.es y director de Extra! Comunicación.
Ha trabajado antes para otras redacciones: Europa Press Televisión, El Correo de Andalucía o El Mundo.
Autor del libro *El país de la desmemoria*.
Ha publicado sendos anuarios de intervenciones en fosas comunes del franquismo, en colaboración con la Junta de Andalucía. El primero, *Que fuera mi tierra*, logra el Premio Chaves Nogales al mejor libro periodístico del año 2016. Y le sigue, el año 2018, *Las huellas en la tierra*.

Bibliografía

CABALLERO Bonald, José Manuel: *Ágata ojo de gato*; Madrid, Cátedra, 2002.
CASTILLO Martínez, Miguel: *Biografía de toda mi vida*; Coria del Río (Sevilla), Ayuntamiento de Isla Mayor, 2004.
ESCACENA Carrasco, José Luis (coordinador): *La Puebla del Río. Miscelánea histórica*; Sevilla, Universidad de Sevilla y Diputación de Sevilla, 2010.
GROSSO, Alfonso; LÓPEZ Salinas, Armando: *Por el río abajo*; Bilbao, Albia, 1977.
MOLINA, Jorge: *Doñana: Todo era nuevo y salvaje*; Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2011.
RODRÍGUEZ Cárdenas, Matías: *La Isla Mayor del Guadalquivir a través de sus personajes. Voces de un poblamiento marginal entre el río y Doñana*; Coria del Río (Sevilla), Fundación Machado, 2016.
RODRÍGUEZ Cárdenas, Matías: *La Isla Mayor del Guadalquivir a través de sus personajes*; Coria del Río (Sevilla), C.P. Florentina Bou, 1991.
RODRÍGUEZ Cárdenas, Matías: *Páginas arrancadas en el municipio sevillano de Isla Mayor. Miserias, esperanzas y olvido. Marismas de la margen derecha del Guadalquivir (1923-1945)*; Sevilla, Consejería de Justicia y Administración Pública (Junta de Andalucía) y Ayuntamiento de Isla Mayor, 2009.
SUÁREZ Japón, Juan Manuel: *Por el río abajo. Un viaje literario por la marisma del Guadalquivir*; Córdoba, Almuzara, 2010.
VARIOS autores: *El pueblo de Isla Mayor (1988-1990)*; Isla Mayor (Sevilla), C.P. Florentina Bou, 1990.
VARIOS autores: *C.P. Florentina Bou. 25 aniversario 1974-1999*; Coria del Río (Sevilla), C.P. Florentina Bou, 1999.
VILLA, Juan: *Crónica de las arenas*; Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2005.

Revistas

OJEDA Rivera, Juan Francisco; VILLA Díaz, Juan: *La Doñana contada. País y paisajes de Doñana en la novela contemporánea*; Oviedo (Asturias), Revista Ería, Universidad de Oviedo, 2011.

Índice

1 - El país del agua 19

2 - Pasos prehistóricos 23

3 - Mitos y leyendas 27

4 - De vikingos a 'japones' 31

5 - Tierra de ganado 35

6 - Las cortas del río 39

7 - El experimento inglés 43

8 - Trenes y camellos 47

9 - Las casas bomba 51

10 - Los poblaos 55

11 - Vida en el desierto pantanoso 59

12 - Ruta de riacheros y pescaores 63

13 - Canoas de pateros 67

14 - Un rey en la marisma 71

15 - La choza de Venancio 75

16 - La sombra del terror 79

17 - Colonización faraónica 83

18 - Emigrantes marismeños 87

19 - Mujer isleña 91

Índice

20 - El dictador manchado de barro 95

21 - Esclavos 99

22 - Refugiados en el Villo 103

23 - La nevada del 54 107

24 - Fallas en Andalucía 111

25 - La viajera 115

26 - La Papelera 119

27 - Independencia 123

28 - Batalla campal junto a la Giralda 127

29 - Adiós, Villafranco 131

30 - Los años de la sequía 135

31 - La ínsula de los maestros 139

32 - El tesoro incomunicado 143

33 - Oryza 147

34 - El invasor rojo 151

35 - El guardián alado 155

36 - La isla de los pájaros 159

37 - Despensa de Doñana 163

38 - Un paraíso de película 167

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Coria Gráfica
el 14 de abril de 2019,
coincidiendo con el
88 aniversario de la proclamación
de la Segunda República Española.

"Porque mi infancia son recuerdos
de una marisma de Sevilla.
De un horizonte infinito
donde germina el arrozal",
Juan Miguel Baquero

Ayuntamiento de **Isla Mayor**